

- Chiapas, la discordia civil
- Efectos de la sublevación

Miguel Ángel Granados Chapa

La discordia civil está bullendo en Chiapas, como un efecto del estremecimiento provocado por la sublevación zapatista. No hay que culpar, simplemente, a los alzados de las tensiones que están aflorando en esa entidad, y en el resto del país. Su papel se limitó a ser detonante de una situación que estaba en su punto y que más tarde o más temprano iba a estallar.

Aunque ha sido emocionante ver las conversaciones en la Catedral, y comprobar las virtudes de la política sobre la fuerza, sería iluso limitar nuestra visión a ese espectáculo. Sería igualmente ingenuo suponer que en este momento el espacio de la política ~~alrededor del conflicto chiapaneco~~ se llena sólo con la consulta emprendida por el Ejército Zapatista en las comunidades donde tiene su asiento, para saber si se aceptan los términos de la paz ofrecida por el gobierno; así como con los aprestos del propio gobierno para poner en práctica esas ofertas. Otras fuerzas actúan y buscan modelar las condiciones de la vida futura en Chiapas.

A mediados de enero se constituyó el Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CEOIC) en esa entidad. Si el propósito de los organizadores fue impedir que la insurgencia ganara apoyos entre sus iguales, el objetivo se frustró. Se trata de un enorme conjunto de agrupamientos disímolos. Entre sus 280

integrantes hay de todo, en cuanto a tamaño y talante de las formas de organización, y en lo que hace a su relación con los gobiernos federal y estatal y a grupos políticos actuantes en la política partidaria. Por lo que se va viendo, el oficialismo ha perdido terreno frente a las organizaciones contrarias o distantes del gobierno, y el CEOIC ha cobrado el carácter de un zapatismo desarmado. Es difícil que ocurriera de otro modo, dado que como todo el mundo concuerda, las condiciones en el campo chiapaneco no sólo son degradantes sino ya insostenibles. La sublevación no es un producto de la prédica subversiva, sino de la situación económica, social y política imperante, como lo revela la rebelión civil que el CEOIC emprendió con tomas de tierras y de palacios municipales., amén de la solicitud de que sean despedidos 21 ayuntamientos.

~~La de San Cristobal de las Casas fue una de las~~ alcaldías tomadas por grupos indígenas y campesinos, el domingo 6. Aunque la desalojaron pacíficamente unas treinta horas más tarde, el episodio sirvió para catalizar los enconos, los miedos, las razones, las incertidumbres, las quejas y los odios de una parte de la comunidad coleta. Bajo una clara coordinación priísta (además del presidente municipal convocaron los líderes de los sectores de ese partido: ex CNOP, CTM, CROC, CNC, FSTSE) se realizó el lunes 7 una prolongada junta de dirigentes y miembros de la sociedad civil. Sus conclusiones muestran un estado de ánimo crispado, que no puede ser mantenido al margen de la apreciación y las acciones que se adopten para pacificar a la entidad.

~~Los 16 puntos acordados tras horas de, digamos, desfogue~~

parlamentario, incluyen algunos claramente opuestos al proceso de paz, como la petición de que la firma de los acuerdos respectivos ya no se realice en San Cristobal., que el Ejército tome a su cargo la vigilancia en la ciudad, que sean expulsados los "extranjeros perniciosos", y que la Comisión Nacional de Derechos Humanos actúe con imparcialidad. Igualmente hay dos claras expresiones de repulsa al obispo don Samuel Ruiz y a su clero, a quienes "la asamblea cristobalense los sindicó públicamente como autores intelectuales de estos movimientos".. Además de pedir la salida del prelado, sus catequistas, agentes de pastoreo y sacerdotes, esa asamblea entró al pedregoso terreno del integrismo, al mezclar demandas políticas con aspectos religiosos, pues pidió el cierre de los templos católicos al culto público, hasta que "la asamblea cristobalense decida lo contrario". A juicio de esta reunión que se erigió en autoridad, se ha desvirtuado el destino de esos inmuebles. Y en una contundente afirmación que pondría a los firmantes en riesgo de ser excomulgados, aseguran: "Los coletos reafirmamos que la religiosidad no requiere por el momento del trabajo de los curas".

Con menos virulencia, pero semejantes objetivos, decenas de agrupaciones privadas, piden que la próxima ronda de conversaciones se efectúe en el Congreso del estado, y que se someta a plebiscito la reforma a la Constitución local ofrecida a los zapatistas. //

plaza publica para la edición del 10 de marzo de 1994
% Tensiones chiapanecas
% Peligran don Samuel y Tiempo
miguel ángel granados chapa

La peligrosa tendencia a singularizarnos, a creer que como México no hay dos, nos ha llevado a ufanarnos, con demasiada precipitación, del modo mexicano de resolver crisis armadas. A diferencia de lo que ocurre a unos kilómetros de distancia, en Guatemala, donde la insurrección se prolonga ya por tres décadas y las conversaciones de paz han durado años, en Chiapas todo parecía darse en comprimidos: doce días de guerra, "sólo" 170 muertos, diálogo antes de dos meses de estallado el conflicto, avance de 50 por ciento al cuarto día de interlocución, respuesta gubernamental amplia (por lo menos en longitud), y expectativas tan firmes de acuerdo que hasta se fijó el 15 de marzo, apenas 75 días después de iniciada la sublevación, para ponerle fin.

Pero son mayores las ganas de creer que las posibilidades reales de lograr la paz digna y justa que es imperativo establecer en esa zona. A raíz del estallido, unos doscientos predios han sido ocupados por agrupaciones campesinas diversas de la que se alzó en armas. Los invasores son solicitantes de tierras que aprovecharon la situación para ejercer derechos que aseguran tener, que probablemente tienen en efecto y que chocan con otros igualmente acreditados por los tenedores de la tierra en conflicto. Ese es un problema real, alimentado por el descomunal crecimiento de la población (ocho por ciento anual, frente a un promedio nacional cercano al dos por ciento y uno estatal superior al cuatro por ciento) y la carencia de alternativas viables para la supervivencia.

La movilización campesina, auspiciada por el levantamiento armado, que se practica espontáneamente o dirigida por centrales que perdieron sus posibilidades de gestoría al cancelarse el reparto agrario, adquirió velocidad con la integración del Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas. A este cuerpo, que actúa con el reconocimiento y aun el apoyo de autoridades federales y locales, sabedoras de que no se puede pasar por alto su voz, los intereses creados en Chiapas están considerándolo como más peligroso que el zapatismo armado.

Este, o firma la paz en breves días y aunque no se desarme pone fin a las hostilidades, o las reanuda y debe encapsularse en la selva, pues no contará más con el factor sorpresa que permitió su magna operación del comienzo de año. En cambio, las agrupaciones campesinas están dispersas por todo el estado, tienen vínculos con las instituciones administrativas y políticas, gozan de experiencia organizativa y pueden aprovechar el sentimiento de culpa que anima a no pocos integrantes del gobierno, y que los mueve a querer resarcir en horas lo que rehúsaron por años.

Ante ese panorama, los intereses creados se mueven también. A las acciones intimidatorias en Altamirano, donde se ha mostrado el determinante peso político que los ganaderos, aunque no sean latifundistas, tienen en la región, siguió el lunes siete la efusión de chovimismo aldeano de "los coletos de raíz, los coletos

auténticos". Aunque a los más fogosos se les hizo entrar en razón poco después de que virtualmente habían producido su propia declaración de guerra, los gérmenes de su posición no han desaparecido. Como en Chiapas se dista de vivir una situación revolucionaria, donde se pueda cortar de tajo las posiciones contrarias al poder (cuya divisa por hoy es la conciliación, no el antagonismo), todo lo más que ha podido el gobierno estatal (rodeado como está de funcionarios federales presurosos y solícitos) es mitigar los ardores de los más fogosos. Pero hemos visto que la intolerancia está en hervor, y puede hacer que germinen sus peores expresiones, como los atentados contra personas e instituciones.

El obispo Samuel Ruiz y el diario Tiempo están en especial peligro. La cerril suposición de que son autor y vocero del alzamiento ha arrojado sobre ellos cóleras injustas y peligrosas. Injustas porque el obispo no ha hecho más que practicar el credo que predica, y que los coletos conservadores quieren reducir a retórica insustancial. Su denuncia sobre la miseria y la explotación no preparó el estallido, y culparlo por ello equivale a maldecir al médico que diagnostica la enfermedad. Tiempo, a su vez, es un conmovedor ejemplo de tesón y perseverancia periodística. Sin elementos casi, salvo convicciones fuertes y acendrada buena fe, el grupo familiar que lo realiza, los Avendaño Villafuerte ha servido a la comunidad sancristobalense, incluidos los "coletos de raíz", desde hace largo tiempo, como en los últimos setenta días.